

La naturaleza intersubjetiva del análisis¹

Mel Marshak

Introducción

Recientemente, intersubjetividad se ha convertido en una palabra de moda, para muchos analistas de diferentes escuelas, que hace referencia al intento de trascender las limitaciones del concepto de la contratransferencia que, en sí mismo, deriva del modelo uni-personal. (Grotstein, 1994)

Aún cuando, en ocasiones, la palabra ha sido asociada a algunas formas de teoría y práctica analíticas con las cuales no estoy identificado, dentro del marco al cual me quiero referir comunica la naturaleza sujeto/intersubjetiva de la relación entre analista y analizando.

En este artículo, mi propósito es describir la tarea del análisis que se supone retrata, tan bien como uno puede, y clarifica la naturaleza de la experiencia de la interacción entre analista y analizando, esto es, lo intersubjetivo como el "sujeto del análisis" primario (Ogden, 1994). El prototipo de la relación analista-analizando es el estar en relación intersubjetivo de la madre y el niño y, aquí, intento reseñar parte de la literatura reciente que ha afectado mis pensamientos y mi práctica.

Históricamente, uno de los lazos de conexión principales entre los analistas independientes de las relaciones objetales y los analistas jungianos fue su interés por y su énfasis sobre lo que ocurre entre analista y paciente. Ambas escuelas enfatizaron las relaciones mutuas entre la experiencia subjetiva del analizando y del analista.

Mi propia introducción al vínculo recíproco entre analista y analizando provino de mi experiencia temprana como analizando en un análisis jungiano clásico en San Francisco. Tal como era costumbre en el análisis clásico, leí bastante a Jung y me familiarice con "La psicología de la transferencia" (Jung, 1946). En ese momento, la escuela jungiana, especialmente en San Francisco, no había absorbido mucho de la literatura psicoanalítica, en particular a Klein.

Michael Fordham vino a San Francisco en 1950 y presentó su artículo "Imágenes primordiales de la infancia", estableciendo conexiones entre nuestra noción del arquetipo y la idea de Klein de las imágenes arcaicas. Esto me impactó y, de inmediato, hice los arreglos necesarios para irme a Londres en donde, a su debido tiempo, completé mi entrenamiento en la London Society of Analytical Psychology. Lo que fue distintivo de mi entrenamiento fue que se produjo antes de

¹ Traducción del capítulo "The intersubjective nature of analysis" (pp. 57-72) de Mel Marshak, publicado en *Contemporary Jungian Analysis: Post-Jungian Perspectives From the Society of Analytical Psychology* (Eds. Ian Alister & Christopher Hauke, 1998, London: Routledge). Traducción por Ps. André Sassenfeld J.

la división en la Society of Analytical Psychology en dos grupos independientes, de manera que yo fluctué entre lo mejor que los clásicos de Londres tenían que aportar y la creciente significancia de la teoría kleiniana y de la teoría de las relaciones objetales tal como influenció a miembros de la SAP y su orientación evolutiva.

Me gustaría, entonces, comenzar este artículo allí donde empecé hace mucho tiempo, con Jung y “La psicología de la transferencia”. Jung afirmó: “el misterio vivo de la vida siempre está escondido entre Dos y es el verdadero misterio que no puede ser traicionado a través de palabras y mermado por medio de argumentos” (cit. en Jaffé, 1979, p. 125). Symington (un miembro del British Psychoanalytic Institute) describe este “misterio vivo” de modo similar: describe lo que denomina el fenómeno X –lo que sugiere lo poco que sabemos acerca de él (el misterio de Jung). Asevera:

En un nivel, el analista y el paciente forman juntos un sistema único. Juntos conforman una entidad que podríamos llamar la personalidad corporativa. [...] Transferencia y contratransferencia son dos partes de un único sistema; juntas, forman una unidad, son ilusiones compartidas que el trabajo del análisis deshace lentamente. (Symington, 1983)

Jung (1946) empleó el simbolismo alquímico, tal como se encuentra en el *Rosarium Philosophorum* (1550), con la finalidad de amplificar su idea de la relación entre analista y analizando. De acuerdo a Jung, al utilizar el simbolismo alquímico, estaba intentando interpretar, por medio de la metáfora, una “imagen proyectada grandiosa de procesos inconscientes de pensamiento” (cit. en Jaffé, 1979, p. 87).

Brevemente, algunos de los términos que guardan una relación simbólica con los procesos analíticos y con la intersubjetividad de analista y analizando son los siguientes:

- *Vas* –el contenedor alquímico en el cual la *prima materia*, *massa confusa* se mezcla. Corresponde a la contención de paciente y analista en la estructura del análisis. Además, la comprensión, interpretación y sostén de la situación por parte del analista creó un *vas* para el paciente (esto es similar al concepto del analista como contenedor de Bion).
- *Lapis* –para Jung, se convirtió en una metáfora de la actualización del self, el resultado del proceso de individuación.
- *Coniunctio* –(en términos químicos, hace referencia a la combinación de elementos dispares) para Jung, simboliza la unión de los opuestos: la interacción entre el analista y su “opuesto” analítico que es el paciente, y la diferenciación e integración de elementos en conflicto dentro del ego de la psique del paciente; y, por último, la interpenetración e integración de partes conscientes e inconscientes de la psique del paciente.
- *Hierogamos* –traducido literalmente como “matrimonio sagrado”, en términos alquímicos hacía referencia al proceso mediante el cual los

elementos opuestos se unen para producir una tercera sustancia. (El uso que Jung hace del término parece haber anticipado lo que ha llegado a conocerse, en la literatura psicoanalítica, como el “tercero” analítico.)

- *Adept-soror* –en términos alquímicos, el adepto llevaba a cabo el trabajo en el contexto de una relación con una pareja. Es la noción de complementariedad; el analista y su inconsciente, el paciente y su inconsciente y, en el setting externo, el analista y el paciente perteneciente al mundo exterior. Una vez más, con el uso de este complejo símbolo, Jung parece haber anticipado la noción de lo intersubjetivo, que consiste en los elementos intrapsíquicos y subjetivos tanto del analista como del paciente.
- *Nigredo* –desde la posición del alquimista, se refiere a los estadios del proceso alquímico. *Nigredo* implica una señal de algún evento significativo en el análisis, por ejemplo, la emergencia de un síntoma físico o un sueño particularmente significativo o la cancelación repentina de un paciente, etc.
- *Fermentatio* –en términos alquímicos, se refiere a la mezcla de elementos para producir una sustancia nueva. Cuando Jung (1946) habla del proceso analítico como algo que involucra la alteración tanto del analista como del paciente, uno debe recordar la utilización de conceptos alquímicos que hace Jung para hacer referencia a sus significados psicológicos. Las alteraciones tienen lugar porque las personalidades del analista y del paciente se “combinan” como elementos químicos para producir una tercera sustancia nueva. Para Jung (1946), el “tercero” es el factor que se transforma para ambos participantes. “En su combinación con el paciente, el analista [...] de modo bastante literal ‘se apropia’ de los sufrimientos de su paciente y los comparte con él” (p. 358).

Dado que el contenido inconsciente está proyectado, conduce a una “atmósfera de ilusión” e, yo agregaría, a una pérdida de la capacidad de simbolizar. Mi propio punto de vista es que la proyección se produce en ambas direcciones –no es sólo el paciente quien proyecta sobre el analista, sino también el analista quien proyecta sobre el paciente. Lo que constituye el “tercero” no es que las entidades o subjetividades separadas de analista y paciente se combinan, sino que el “tercero” es producto de un diálogo dialéctico o de lo que Fordham ha llamado el “diálogo interaccional”, generado entre sujetos separados.

Crear que el analista, de modo bastante literal, “se apropia del sufrimiento de su paciente” equivale a adentrarse en una contratransferencia delirante. La idea central de lo intersubjetivo es que analista y paciente se están continuamente definiendo a sí mismos y al otro. No es tanto la combinación de elementos para crear un “tercero” nuevo, sino que el “tercero” representa el interjuego entre dos sujetos.

Uno de los múltiples aspectos de la intersubjetividad mantiene que la psicoterapia es mutua (la alteración tanto de analista como de paciente de Jung).

En algunos escritos, esta idea le ha conferido al analista una especie de licencia para la auto-revelación, algo que “mutuo” no quiere decir.

Aún cuando la comprensión de la relación entre analista y analizando alcanzada por Jung es profunda, creo que la noción de que elementos dispares se combinan para formar el “tercero” es un error. Más bien, cada individuo es deconstruido y construido por parte del otro durante el proceso de interacción.

Ahora, me gustaría reseñar brevemente algunas de las ideas que se han filtrado a través de la literatura, con un énfasis creciente sobre la naturaleza intersubjetiva del análisis. Para una revisión de las ideas acerca de la contratransferencia, en su mayor parte remitiré al lector a Edmond Slakter (1987), quien realiza una revisión excelente de los artículos relevantes. En lo principal, las ideas que han ido y venido acerca de la contratransferencia, o desde “aquello de lo que es necesario deshacerse” hacia “aquello a partir de lo cual se puede generar algo”, conforma la mayor parte de la historia. Sólo tocaré los puntos más destacados que son relevantes para el tema de la intersubjetividad.

Este énfasis sobre la subjetividad –tanto la del analista como la del paciente– dio lugar a la creación, el desarrollo y la re-evaluación de nociones teóricas tales como: la contratransferencia como algo de relevancia clínica; el acting-out como medio de comunicar algo significativo; las modificaciones de la técnica –con tal de adaptar la técnica al paciente más que el paciente a la técnica, etc.

Laplanche y Pontalis (1983) rastrean tres

posiciones teóricas respecto de la temática de la contratransferencia: 1) Libérate de ella por medio de tu propio análisis (la postura de Freud de 1910, de acuerdo a la cual la contratransferencia es un impedimento a ser superado por medio del auto-análisis del analista), 2) Utiliza el inconsciente del terapeuta como instrumento de investigación para descubrir el inconsciente del paciente (la afirmación de Freud de 1912 respecto de que el analista se adapta a los pacientes como un teléfono, de manera que el inconsciente del analista es capaz de responder al inconsciente del paciente), o 3) Permanece con ella de modo intersubjetivo, esto es, la resonancia entre inconscientes como la única forma psicoanalítica auténtica de comunicación. (p. 92)

Antes de mediados de la década de 1960, muy pocos escritores psicoanalíticos se mostraban en desacuerdo con la visión de que la contratransferencia debía ser considerada una interferencia en el procedimiento analítico. Freud, en realidad, nunca se retractó de su postura respecto de que la contratransferencia era un impedimento indeseable, aunque se sabe que los fracasos clínicos de Freud fueron, en ocasiones, producto de interferencias contratransferenciales (Binswanger, 1956; Boyer, 1967). Fenichel (1945) fue el primero en indicar que las contratransferencias de los analistas están, en gran medida, determinadas por las influencias que las introyecciones de atributos de los pacientes tienen en sus conflictos inconscientes. Los analistas se han preocupado de los medios a través de los cuales los atributos psicológicos de una persona son asumidos por otra.

Meltzer (1948) dijo de la introyección que es “el concepto más importante y misterioso en el psicoanálisis” (p. 14) y afirmó que el proceso mediante el cual la experiencia del objeto externo que tiene el niño es asimilada aún no ha sido descrito. Menzies-Lyth (1988) aseveró que “la introyección y el introyecto de ninguna manera han encontrado, en la literatura psicoanalítica, un lugar comparable a aquel de la proyección y lo proyectado” (p. 1). Apunta, junto a muchos otros escritores: “La proyección resulta ser más emocionante, más innovadora y más clarificadora para nuestro entendimiento del desarrollo normal y patológico” (p. 3). Esto sugiere por qué motivo tantos analistas se mostraron reacios a estudiar la contratransferencia, prefiriendo en vez de ello investigar la “intuición” y la “actuación”.

Hasta la década de 1950, alrededor de cuarenta años después de que Freud introdujera el término, existían pocos estudios directos de la contratransferencia. Hann-Kende (1933) parece ser el primero que sugirió que la reacción del analista frente a la producción del paciente podría ser de utilidad. Sharpe (1930) también reportó un caso clínico que hacía referencia a la reacción del analista. La curiosidad respecto de la intuición fue aquello que capturó la imaginación, tal como sigue siendo en la actualidad. La “escucha con el tercer oído” de Reik (1948) –tener una actitud receptiva– encontró que repentinamente emergía una comprensión del mensaje del analizando desde el inconsciente. Balter, Lothane y Spencer (1980) hablan de que el instrumento del análisis opera al interior de un subsistema del analista –quien, en consecuencia,

tiene mayor probabilidad de percibir las conexiones entre las palabras, las ideas y las imágenes que son productos del proceso primario del paciente [...] porque el subsistema (del analista), en parte, está liberado de las restricciones del pensamiento de proceso secundario, escuchando con disposición y así sucesivamente. (pp. 490-491)

Con independencia de su orientación dominante (ideas sobre las relaciones objetales que derivan de la teoría estructural o de las teorías de la Escuela Británica Independiente), la mayoría de las personas que hoy en día escriben sobre la interacción transferencia-contratransferencia utilizan una u otra versión de los conceptos de la escisión, la identificación proyectiva y la identificación introyectiva de Klein (1946). A pesar de que Melanie Klein sostenía con firmeza la visión tradicional respecto de que la contratransferencia constituía un obstáculo para el tratamiento (Klein le rogó a Heinmann que no presentará su primer artículo sobre la contratransferencia) y le dijo a Tom Hayley, a fines de la década de 1950, que pensaba que la contratransferencia interfería con el análisis y debiera de ser objeto del auto-análisis (Grosskurth, 1985), sus interpretaciones sutiles de los mundos interiores de sus pacientes –en especial, de los sentimientos y las ideas pre-verbales– sólo tienen sentido a la luz de su habilidad para resonar con los sentimientos más primitivos de sus pacientes. Y el requerimiento de Bion de “abandonar memoria y deseo” tiene que haber sido pronunciado en el nombre de

la contratransferencia. Con independencia del término que le asignemos al proceso, el trabajo de Klein ha sido la influencia más poderosa del “cambio de perspectiva” (O’Shaughnessy, 1983) que ha llevado a que, ahora, las interpretaciones se dirigen hacia la interacción de paciente y analista en un nivel intrapsíquico. Esto ha mejorado la comprensión moderna de la contratransferencia con su énfasis sobre los usos terapéuticos positivos de la reacción del analista a las producciones verbales y no-verbales del paciente.

La extensión del trabajo de Klein llevada a cabo por Bion (1962) en relación a asumir que la identificación proyectiva no sólo es un mecanismo defensivo, sino también la primer forma de comunicación con los objetos de la que dispone el niño y en relación a la descripción el papel de la madre y del analista como contenedores que metabolizan, profundizó aún más el entendimiento de la dinámica intrapsíquica en la contratransferencia.

Una comprensión de la interdependencia de transferencia y contratransferencia emergió a partir de las ideas de Winnicott (1965) acerca de la interdependencia de las subjetividades de madre y niño y acerca de la creación de una “tercera área de experiencia en el espacio potencial que existe (pero que no puede existir) entre el bebé y el objeto” (p. 1971, p. 107).

Ahora, el psicoanálisis puede ser visualizado como una combinación de dos perspectivas, la intrapsíquica y la intersubjetiva. El término “intrapsíquica” no necesita mucha explicación en cuanto es todo lo que queremos decir con objetos internos y objetos parciales. Intersubjetivo no significa interpersonal, ni es interactivo o interacción. Intersubjetivo quiere decir dos sujetos se vinculan, manteniendo en mente que un sujeto existe sólo para otro sujeto. En esta formulación, la significancia de la intersubjetividad yace en la intencionalidad. ¿Para qué sirve esto? Green (1990) cita a Sartre; “en soi, pour soi, pour autre”, esto es, “en sí mismo, para uno mismo, para alguien más”.

Lo intrapsíquico es para uno mismo, lo intersubjetivo es para alguien más; significa, ‘¿Qué quieres de mí?’ Por lo tanto, no me estoy refiriendo a la persona entera, ni a la personalidad, ni a ciertas entidades globales. Estoy haciendo referencia a una cosa muy específica que es: ‘¿Qué te interesa de mí; qué esperas de mí?’ Esto está cerca de lo que Lacan describió en términos de deseo –deseo por el otro, deseo del otro, deseo del deseo del otro. Esta dimensión es importante porque vuelve conmensurables dos sujetos –no sólo dos personas, no sólo dos cuerpos, sino dos sujetos. El hecho de que se trata de dos sujetos cambia la cosa ya que le proporciona su condición humana específica, dado que sólo un ser humano puede ser un sujeto.

Tampoco significa que no dependemos de nuestra parte pulsional más primitiva, ‘animal’. Este es el problema intrapsíquico –la relación del id con el ego con el superego. Lo que se vuelve interesante en la relación intersubjetiva es que, como consecuencia, los dos sujetos también tendrán que vincularse por medio de su dimensión intrapsíquica.

“¿Qué quieres de mí?” La pregunta no puede ser planteada a menos que cada uno de nosotros tome en consideración nuestro propio mundo intrapsíquico, nuestra historia previa, la organización de nuestros pensamientos, deseos, actos, voliciones, etc. individuales. Y mientras que cada uno hace referencia al mundo intrapsíquico individual con la finalidad de vincularse intersubjetivamente, cada respuesta individual tendrá un efecto indirecto y desconocido no sólo sobre la subjetividad del otro, sino también –aunque de un modo del todo desconocido– sobre su propio mundo intrapsíquico, induciendo otros efectos intersubjetivos y así sucesivamente...

Green afirma: “así que como ves, visto de esta manera el psicoanálisis es algo interesante”. “Las teorías de las relaciones objetales, incluso aquellas interesadas en la intersubjetividad, no han examinado con detalle la distinción crucial de Winnicott (1971) entre el objeto subjetivamente concebido y el otro externo objetivamente percibido” (Benjamin, 1990, p. 37). Benjamin llama la atención respecto del dificultoso legado de la teoría intrapsíquica, el término objeto. El término se refiere a la interrelación y representación psíquicas de las interacciones entre el self y los objetos. Aunque el entorno “real” y los padres “reales” ahora juegan un rol más importante que en la teoría original de Klein, “tan sólo nos han llevado al punto de reconocer que ¿donde hay ego; objetos tiene que haber” (p. 46).

La tendencia a colapsar sujetos en objetos niega la diferencia entre la experiencia tal como es percibida fuera del self y el objeto subjetivamente concebido. Winnicott (1971) formuló el esbozo básico de esta distinción y de la yuxtaposición de dos posibles relaciones con el objeto en “El uso de un objeto y el relacionarse a través de la identificación”. La distinción entre los dos tipos de relación con el “otro” es significativa. Ambos son experiencias psíquicas naturales y, por lo tanto, ambos son áreas válidas del conocimiento psicoanalítico. Benjamin (1990) se refiere a estas dos categorías de experiencia como lo intrapsíquico y lo intersubjetivo.

La intersubjetividad (traída hacia el psicoanálisis desde la filosofía [Habermas, 1971a]) postula que el otro tiene que ser reconocido como otro sujeto con tal de que el self experimente plenamente su propia subjetividad en la presencia del otro. La teoría intersubjetiva contrasta con la lógica de sujeto y objeto que ha predominado en la filosofía y en la ciencia del mundo occidental. La dimensión intersubjetiva de la relación analítica apunta a cambiar el sujeto-objeto hacia: “donde hubo objetos, debe haber sujetos” (Benjamin, 1990, p. 34).

Desde la perspectiva ego-objeto, el niño es el individuo, visto como progresando hacia la autonomía y el estar separado, y la estructura psíquica es vista como creada por medio de la internalización de interrelaciones con el objeto, conduciendo a una mayor independencia. En consecuencia, la teoría de la separación-individuación se centra en el residuo estructurado de la interacción del niño con la madre como objeto –aprender a través de la experiencia de

compromisos, conexión y afirmación activa que se produce con la madre como un otro.

El punto de vista infantocéntrico de la teoría intrapsíquica deja fuera la fuente de las respuestas de la madre (que refleja salud o patología) en su subjetividad necesariamente independiente. La perspectiva intersubjetiva, al tiempo que no omite lo intrapsíquico, lo trasciende dado que se focaliza en la interrogante de cómo las personas se vuelven capaces de disfrutar del reconocimiento con un otro. Reconocer a la figura parental como sujeto no puede ser simplemente el resultado de internalizarla como objeto mental.

Este es un proceso evolutivo que apenas ha comenzado a ser explicado. Benjamin pregunta dónde está la teoría que rastrea el desarrollo de la responsividad, empatía y preocupación del niño, ¡y no sólo la suficiencia o el fracaso de los padres!

En la teoría psicoanalítica, el self siempre parece ser el recipiente, más que lo que suministra empatía. La responsividad del selfobjeto, por definición, sirve a la función de "apuntalar nuestro self a lo largo de la vida", pero ¿en qué punto se convierte en la responsividad del otro externo a quien amamos? El placer de la mutualidad entre dos sujetos es reducido a su función de estabilizar al self (por lo que es un objeto de amor) más que permitirle ampliar nuestra consciencia de lo exterior o del reconocimiento de los otros como animados por un sentimiento independiente aunque similar.

Stern (1974, 1977, 1985) y, más recientemente, Beebe (1985), Beebe y Lachmann (1988) y Beebe y Stern (1977) han mostrado cuán crucial resulta ser la relación de influencia mutua para el temprano desarrollo del self. La investigación de la interacción madre-niño ha revelado la significancia de la reciprocidad temprana y de la influencia mutua, conceptualizadas de la mejor manera posible como el desarrollo de la capacidad de reconocimiento mutuo. Los estudios también han mostrado que la auto-regulación se logra, en este punto, a través del regular al otro: "Puedo cambiar mi propio estado mental al provocar al otro para ser más o menos estimulante". El reconocimiento por parte de la madre es la base para el sentido de agencia del bebé.

Desde el punto de vista de Stern (1985), el juego temprano aún no constituye un estar en relación intersubjetivo. Designa a la próxima fase, sintonía afectiva [affective attunement] (que se desarrolla a los ocho o nueve meses), como intersubjetividad propiamente tal, esto es, el momento en el cual descubrimos que "existen otras mentes allí fuera" y que mentes separadas pueden compartir un estado similar. Sin embargo, la interacción previa puede ser vista como antecedente, bajo la forma de un compartir afectivo. Por cierto, cuando el infante devuelve la sonrisa de la madre, o al revés, se encuentra el comienzo del reconocimiento recíproco.

La necesidad de asumir un punto del desarrollo donde el infante adquiere una teoría o un sentido funcional de las mentes separadas no es ajeno a la indagación filosófica. La psicología, por otro lado, ha sido más lenta a la hora de

tratar con este asunto en estos términos, en gran parte debido a que el estudio del desarrollo de la experiencia subjetiva con personas, en comparación con el estudio del desarrollo del conocimiento acerca de las cosas, ha sido relativamente descuidado en la psicología académica, aunque Baldwin (1902) designó a la experiencia subjetiva del self y del otro como unidades de inicio para una psicología evolutiva.

El psicoanálisis siempre ha estado intensamente preocupado de la experiencia subjetiva de los individuos. A excepción del caso muy especial de la empatía terapéutica, sin embargo, no ha conceptualizado la experiencia subjetiva como evento diádico. Esta conceptualización es necesaria para una visión genérica de la intersubjetividad.

Stern cita la dominancia de la teoría de la separación/individuación como algo que actúa a modo obstáculo para una apreciación más plena del rol de la intersubjetividad con la finalidad de explicar la emergencia de este fenómeno. La teoría psicoanalítica del ego visualizó el periodo entre los siete y nueve meses como el instante de la emergencia más plena a partir de un estado indiferenciado y fusionado, capaz de interactuar con un otro más separado. Stern, Fordham y otros han mostrado que este estado indiferenciado o fusionado es una ficción y que el infante es un individuo desde el nacimiento. Por lo tanto, no es sorprendente que la primera teoría fracasó a la hora de advertir que la aparición del estar en relación intersubjetivo ocurría muy temprano en la infancia, permitiendo la creación de estados mentales mutuamente sostenidos. "Mutuamente sostenidos" no significa que los sentimientos de la madre y del infante se tratan de la misma cosa: por ejemplo, el bebé experimenta alegría en relación a un juguete y la madre experimenta alegría en relación a la alegría del bebé –una experiencia afectiva simultánea de diferentes aspectos del evento. Abrazar y ser abrazado, alimentar y ser alimentado son eventos afectivos simultáneos entre muchos otros. Tanto la separación/individuación como las nuevas formas de experimentar unión (o de estar con) emergen igualmente a partir de la experiencia de la intersubjetividad. La intersubjetividad es el proceso extralimitado que se refiere a la influencia recíproca de los subjetivos conscientes e inconscientes de dos individuos en una relación.

Trevarthan y Hubble (1978) han proporcionado una definición de la intersubjetividad que puede ser efectiva en el proceso analítico: "un compartir de experiencias con los eventos y las cosas deliberadamente buscado" (p. 213).

Stern destaca e investiga tres estados mentales de la infancia que proveen evidencia del compartir o, al menos, de la expectativa de que la madre comparta. Estos estados se encuentran en un nivel pre-verbal. Se advierte que son de gran relevancia para el mundo interpersonal y, no obstante, no requieren una traducción al lenguaje:

- compartir una atención conjunta
- compartir intenciones
- compartir estados afectivos

La inter-afectividad puede ser la primera, más extendida y más inmediatamente importante forma de compartir experiencias subjetivas. Tanto la investigación como el psicoanálisis confirman que, temprano en la vida, los afectos son tanto el medio primario como el sujeto primario de la comunicación. Trevarthan y Hubble (1978) han comentado que el compartir estados de ánimo y estados afectivos aparece antes del compartir estados mentales que se refieren a objetos, esto es, a cosas que se encuentran fuera de la díada. El compartir estados afectivos, por lo tanto, parece ser de máxima importancia durante la primera parte del estar en relación intersubjetivo.

Existe un número de puntos de vista respecto de por qué razón el infante adopta una perspectiva subjetiva acerca de sí mismo y los otros, que abre la puerta a la intersubjetividad. Shields, Newson y Vygotsky entienden el logro como resultado de la entrada de la madre en un intercambio "significativo" que comienza en el nacimiento del infante. La madre atribuye significado al comportamiento de su niño. Proporciona el elemento semántico y, de modo gradual, en la medida en la que el niño es capaz de hacerlo, el marco referencial de significado se convierte en algo mutuamente creado. A este acercamiento se hace referencia como el acercamiento de los significados interpersonales.

Algunos escritores en Francia y Suiza llevaron la noción de la interpretación maternal hacia un pensamiento clínico enriquecido. Aseveran que los "significados" de la madre no sólo reflejan lo que ésta observa, sino también sus fantasías respecto de quién es el niño y respecto de en quién se convertirá. Para estos pensadores, la intersubjetividad involucra, en última instancia, una inter-fantasia. Esta interacción recíproca de fantasía es una forma de significado interpersonal creado en el nivel encubierto. Ha sido llamada "fantasmática de las interacciones".

Trevarthan (1974, 1978) se encuentra relativamente solo al mantener que la intersubjetividad es una capacidad humana innata y emergente. Señala que las demás explicaciones de la aparición de la intersubjetividad, en especial la explicación constructivista, no dan lugar a ninguna consciencia especial de los seres humanos o a la consciencia compartida tan altamente desarrollada en los seres humanos. Visualiza este salto evolutivo como diferenciación de un campo coherente de intencionalidad y visualiza la intersubjetividad como capacidad humana presente de forma primaria desde los primeros meses de vida.

La capacidad de una forma especial de consciencia tiene que entrar en juego y esta capacidad tiene que involucrarse en términos de la maduración; sin embargo, la capacidad tiene que disponer de algunas herramientas para trabajar y el enfoque constructivo ha proporcionado las herramientas bajo la forma de reglas de estructura, formatos de acción y procedimientos de descubrimiento. Finalmente, la capacidad junto a las herramientas estaría operando en un vacío sin que se le agregaran los significados interpersonales que son creados mutuamente.

Mientras más uno concibe el estar en relación intersubjetivo como necesidad psicológica básica más que sólo como otra función autónoma del ego, más de cerca uno reconstruye la teoría clínica.

No hay duda de que la fuerza reforzante de la intersubjetividad está relacionada con la satisfacción de necesidades de seguridad o el alcanzar metas de logro. El éxito intersubjetivo puede resultar en sentimientos de seguridad aumentada y sus fracasos menores pueden ser interpretados, experimentados y actuados como rupturas totales en la relación. Esto a menudo se puede observar en terapia.

Hegel (1952) mostró de qué manera el deseo del self de independencia absoluta entra en conflicto con la necesidad del self de reconocimiento. Al tratar de establecerse como unidad independiente, el self debe todavía reconocer al otro como sujeto igual a sí mismo con tal de ser reconocido por él. Cada self desea ser reconocido y, a pesar de ello, mantener su identidad absoluta. La descripción de Hegel del self absoluto es, aproximadamente, lo mismo que el narcisismo –la concepción de Freud del ego más temprano con su hostilidad hacia lo exterior o su incorporación de todo lo bueno en sí mismo.

La tesis de Winnicott sugiere una tensión básica entre la negación y la afirmación del otro (entre la omnipotencia y el reconocimiento de la realidad) –destrucción y supervivencia. La colisión a la que Winnicott (1971) hace alusión es la noción de la “agresión que crea la cualidad de externalidad” (p. 110), esto es, cuando la destructividad no tiene éxito a la hora de dañar a la figura parental o al self, la externalidad aparece con claridad como distinción respecto de la fantasía interna. Se produce un problema cuando existe la pérdida del equilibrio entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo, entre la fantasía y la realidad. Cuando a la destrucción no se opone la supervivencia, cuando la otra realidad no aparece, tiene lugar un proceso defensivo de internalización. Aquello que no puede ser resuelto en el dominio de lo intersubjetivo se traslada hacia el dominio de lo intrapsíquico. Aún cuando la agresión puede disiparse, existe la internalización, dado que ningún proceso de destrucción y supervivencia es perfecto. Pero cuando el otro no sobrevive y la agresión no se disipa, se vuelve algo casi exclusivamente intrapsíquico.

Cuando el reconocimiento mutuo no se restaura, cuando la realidad compartida no sobrevive a la destrucción, el “relacionarse” con los objetos internos predomina.

La teoría y la técnica analíticas han pasado por un cambio radical a lo largo de los últimos cincuenta años, focalizándose cada vez más en el estudio de la interdependencia entre sujeto y objeto y en la transferencia y la contratransferencia en el desarrollo humano y en proceso analítico.

La visión de Klein respecto de la identificación proyectiva, elaborada por Bion, Heinmann y Rosenfeld, expandió la comprensión analítica de la naturaleza de la tensión dialéctica que subyace a la creación del sujeto. El concepto de la identificación proyectiva introdujo una concepción del sujeto como constituido en

el contexto de un sistema complejo de foco psicológico interpersonal. La idea de la interdependencia de sujeto y objeto se volvió fundamental para el entendimiento analítico del desarrollo de la subjetividad.

El proceso analítico que crea al analista y al analizando es un proceso en el cual el analizando no es simplemente el objeto de la indagación analítica; el analizando, al mismo tiempo, tiene que ser el sujeto en esa indagación (esto es, tiene que crear la indagación) dado que su auto-reflexión es fundamental para la iniciativa del psicoanálisis. De modo similar, el analista no puede simplemente ser el sujeto observador de esta tentativa dado que su experiencia subjetiva en esta tentativa es la única vía posible a través de la cual gana conocimiento de la relación que está intentando entender. El analista y el analizando son interdependientes (como sujetos, son creadores y creados, destructores y destruidos por parte del otro).

Robert Young (1994) afirma:

En el enfoque tradicional [...] el sujeto que conoce se encuentra en el extremo de un instrumento de investigación. [...] Lo esencial de esta manera de representar la mente y el proceso de conocimiento es el desfase espacial. El sujeto se encuentra de un lado, mientras que el objeto se encuentra en el otro lado, o 'allí fuera'. El sujeto es el conocedor y el objeto es lo conocido. El objeto está abierto al escrutinio y el sujeto no lo está. (p. 61)

Young prosigue apuntando que las relaciones interpersonales son mucho más ricas y más multi-estratificadas que lo que el esquema sujeto-objeto permite.

En una interacción, en la cual las cosas van y vienen, el espacio interpersonal pierde la cualidad de una sencilla imagen sujeto-objeto con ubicaciones sencillas. Los espacios no son sencillos en un relato expandido de la relación interactiva o dialéctica. En un relato dialéctico, existen muchas capas y reverberaciones (están teniendo lugar proyecciones) –no siguiendo una sola vía, sino de ida y vuelta– y éstas están siendo internalizadas y re-proyectadas.

O'Shaughnessy (1983) asevera:

Durante los últimos cincuenta años, los psicoanalistas han cambiado sus puntos de vista respecto de su propio método. En vez de tratarse de la dinámica intrapsíquica del paciente, ahora se afirma ampliamente que la interpretación debiera hacerse respecto de la interacción de paciente y analista en un nivel intrapsíquico. (pp. 289-290)

Volviendo a los orígenes más personales de mi interés en lo intersubjetivo con los cuales comencé este artículo, me gustaría describir brevemente un aspecto de mi encuentro con un colega a quien supervisé para un doctorado en la London University (Leal, 1975).

El tema general propuesto para la investigación era el desarrollo emocional del niño. Una interrogante particular que nos preocupaba estaba relacionada con el significado del gesto expresivo de las actividades repetitivas "ir-de-adentro-

afuera” del niño más pequeño. Me estoy refiriendo a esa cualidad similar a la compulsión de los niños pequeños, que tiene como fuente o expresión el uso de cualquier contenedor disponible capaz de ser llenado y vaciado alternadamente con agua u otros objetos adecuados que se encuentran, de modo conveniente, a mano. Más tarde, llegamos a entender esto como simbolización del movimiento formador de significados de la mente.

Digo *más tarde* porque nuestra comprensión surgió a partir del proceso dinámico de nuestra interrelación dentro de la supervisión en una lucha de siete años por identificar los sujetos y los criterios que podrían constituir el contenido de la investigación; la lucha giró en torno a nuestra necesidad (intencionalidad) de hacernos entender el uno al otro. Nuestro problema era que, aunque estábamos tratando con el desarrollo emocional, el inglés no era la lengua materna de ninguno de los dos –siendo la “lengua materna” el lenguaje afectivo primario de nuestra relación original con nuestros cuidadores. Además, de ningún modo compartíamos una historia cultural, símbolos, etc., que influenciaron nuestro desarrollo temprano. Éramos dos sujetos, cada uno con su propio mundo intrapsíquico, intentando comunicarse sin símbolos afectivos expresivos comunes.

El contenido de nuestros encuentros era dialéctico, esto es, era una contradicción continua de opuestos y resoluciones. La urgencia era la necesidad de crear un tercer objeto; un lenguaje, símbolos, que no eran ninguno de los dos pero que, sin embargo, nos representaban a los dos.

El primer objeto creado que surgió de nuestro diálogo fue la figura repetida del número ocho –el cual dibujamos sobre la pizarra en un movimiento repetitivo, repetido por el otro, en la medida en la que intentábamos explicar algo.

Habíamos expresado la actividad “ir-de-adentro-afuera” que estaba teniendo lugar entre nosotros y la reconocimos como similar a la conducta repetitiva del niño. Vimos la figura ocho, ahora dibujada de lado, como una reacción/respuesta continua, no polarizada y simultánea frente al *Otro*. A partir de esto, postulamos que las respuestas, reacciones, sentimientos, sensaciones, etc. madre/infante frente a un estímulo/objeto eran simultáneas –aunque cada uno respondía de una manera propia, subjetivamente, al estímulo. Por lo tanto, alimentar y ser alimentado es un solo evento; abrazar y ser abrazado es un solo evento; el diálogo entre supervisor y supervisado en torno a un objeto o estímulo (por ejemplo, una idea) es un solo evento; entre analizando y analista es un evento simultáneamente experimentado –aunque los sujetos de este proceso intersubjetivo están separados, involucrando proyecciones cruzadas continuas. En mi opinión, la mayoría de las proyecciones cruzadas, como el nudo gordiano, no pueden ser desentrañadas. La única forma creativa es intentar definir o clarificar el objeto alrededor del cual el interjuego tiene lugar.

La concepción de la intersubjetividad coloca un énfasis central sobre su naturaleza dialéctica y representa una elaboración de la noción de Winnicott (1965) respecto de que “no existe tal cosa como un infante (aparte de la provisión materna)” (p. 179). De modo similar, en un contexto analítico, no existe tal cosa

como un analista aparte de la relación con el analizando. No obstante, en cuanto al niño y a la madre que constituyen entidades físicas y psicológicas separadas, el analista y el analizando están separados, con sus propios pensamientos, sentimientos, sensaciones y realidades corporal y psíquica, pero co-existen en una tensión dinámica uno respecto del otro en su condición de estar separados.

Ni la intersubjetividad de las entidades psicológicas separadas existe de forma pura dado que 'cada uno crea, niega y preserva' al otro a través del proceso de proyección, introyección e identificación proyectiva. [...] La tarea, tanto en la relación madre-hijo como en la relación de analista y analizando, no es desenmarañar los elementos con la finalidad de determinar cuáles pertenecen a cada individuo, sino intentar describir tanto como uno puede la naturaleza específica de la experiencia del interjuego de la subjetividad individual y de la intersubjetividad. (Ogden, 1994, p. 64)

André Green (1975) acuñó el término "objeto analítico" y Ogden llama al tercero analítico intersubjetivo un producto de una dialéctica única generada entre los subjetivos separados de analista y analizando.

El psicoanálisis, en consecuencia, puede ser visto como un esfuerzo de experimentar, entender y describir la naturaleza cambiante de la dialéctica generada en la confrontación de subjetividades en la situación analítica.

Creo que fue T. S. Eliot quien dijo: "Un poeta inmaduro imita, un poeta maduro roba." Sea que en mi propio caso se debe a mi inmadurez, a mi inadecuación o a mi delincuencia, he mendigado, me he prestado, he robado y he internalizado de tantas personas cuyos escritos me han removido, que estoy inclinado a sentir que mis extensas referencias no cubren a todos aquellos con quienes estoy en deuda. En ocasiones, al escribir este [artículo], he sentido que todo su contenido debiera de estar entre comillas.

Muchos años atrás, uno de mis pacientes estaba muy temeroso respecto de dónde provenían sus innovadoras ideas, dado que parecían simplemente aparecer en su mente. En efecto, en uno de sus conocidos diseños, había incorporado un adorno con forma única de mi puerta. Hasta que, finalmente, se lo señalé, no tenía idea de adónde había venido –aunque había estado tocando mi puerta cuatro veces a la semana durante siete años de análisis.

Referencias

- Baldwin, J. (1902). *Social and Ethical Interpretations in Mental Development*. New York: Macmillan.
- Beebe, B. (1985). Mother-infant mutual influence and precursors of self and object representations. En J. Masling (Ed.), *Empirical Studies of Psychoanalytic Theories* (Vol. 2). New Jersey: Analytic Press.

- Beebe, B. & Lachmann, F. (1988). Mother-infant mutual influence and precursors of psychic structure. En A. Goldberg (Ed.), *Frontiers in Self Psychology* (Vol. 3). New Jersey: Analytic Press.
- Beebe, B. & Stern, D. (1977). Engagement-disengagement and early object experiences. En M. Freedman & S. Grand (Eds.), *Communicative Structures and Psychic Structures*. New York: Plenum Press.
- Benjamin, J. (1990). An outline of intersubjectivity: The development of recognition. *Psychoanalytic Psychology*, 7, 37-46.
- Binswanger, L. (1956). Freuds Psychosentherapie. *Psyche*, 10, 257-266.
- Bion, W. (1962). *Learning From Experience*. New York: Basic Books.
- Bion, W. (1967). A theory of thinking. En W. Bion, *Second Thoughts*. New York: Jason Aronson.
- Boyer, L. (1967). *Die psychoanalytische Behandlung Schizophrener*. Munich: Kindler Verlag.
- Fenichel, O. (1945). *The Psychoanalytic Theory of neurosis*. New York: W. Norton.
- Freud, S. (1912). The dynamics of transference. *Standard Edition* 12, 97-108.
- Gay, P. (1988). *Freud: A Life of Our Time*. New York: W. Norton.
- Green, A. (1975). The analyst, symbolisation and absence in the analytic setting: On changes in analytic practice and analytic experience. *International Journal of Psychoanalysis*, 56, 1-22.
- Green, A. (1990). Interview following his invited address to the Division 39 Spring Meeting in New York, 8 April.
- Grosskurth, P. (1985). *Melanie Klein: Her World and Her Work*. London: Hodder & Stoughton.
- Grotstein, J. (1994). Foreword. En T. Ogden, *Subjects of Analysis*. New Jersey: Jason Aronson.
- Habermas, J. (1971a). *Knowledge and Human Interest*. Boston: Beacon.
- Habermas, J. (1971b). A theory of communicative competence. En H. Dreitzel (Ed.), *Recent Sociology* (Vol. 2). New York: Macmillan.

- Hann-Kende, F. (1933). On the role of transference and countertransference in psychoanalysis. En Devereux (Ed.).
- Hegel, W. (1952). *Phänomenologie des Geistes*. Hamburg: Felis Meiner Verlag.
- Jung, C. (1946). The psychology of the transference. *Collected Works* 16.
- Klein, M. (1946). Notes on some schizoid mechanisms. En M. Klein, *Envy and Gratitude and Other Works, 1946-1963* (pp. 1-24). New York: Delacorte.
- Laplanche, J. & Pontalis, J.-B. (1983). *The Language of Psycho-Analysis*. New York: W. Norton.
- Leal, M. (1975). *An enquiry into socialisation processes in the young adult*. London University.
- Menzies-Lyth, I. (1988). Containing anxiety in institutions. En I. Menzies-Lyth, *Selected Essays* (Vol. 1). London: Free Association Books.
- Ogden, T. (1994). *Subjects of Analysis*. New Jersey: Jason Aronson.
- O'Shaughnessy, E. (1983). Words and working through. *International Journal of Psychoanalysis*, 64, 281-290.
- Racker, H. (1968). *Transference and Countertransference*. New York: International Universities Press.
- Sartre, J. (1956). *Being and Nothingness*. New York: Philosophical Library.
- Sharpe, E. (1930). Technique of psychoanalysis. *International Journal of Psychoanalysis*, 2, 361-386.
- Stern, D. (1974). The goal and structure of mother-infant play. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 13, 402-421.
- Stern, D. (1977). *The First Relationship: Infant and Mother*. Cambridge: Harvard University Press.
- Stern, D. (1985). *The Interpersonal World of the Infant*. New York: Basic Books.
- Symington, N. (1983). The analyst's act of freedom as agent of therapeutic change. *International Review of Psychoanalysis*.

- Trevarthan, C. & Hubble, P. (1978). Secondary intersubjectivity: Confidence, confiders and acts of meaning in the first year. En A. Lock (Ed.), *Action, Gesture and Symbol*. New York: Academic Press.
- Winnicott, D. (1965). *The Maturation Processes and the Facilitating Environment: Studies in the Theory of Emotional Development*. London: Hogarth.
- Winnicott, D. (1971). The use of an object and relating through identification. En D. Winnicott, *Playing and Reality*. London: Tavistock.
- Young, R. (1994). *Mental Space*. London: Process Press.